

Rosa de Jericó

Raquel Huete Iglesias



Derechos de autor: © Raquel Huete Iglesias, 2017

E-mail: raquelhuete@hotmail.com

Foto de portada: stokpic.com

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo la sanción establecida en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.

A Michalis y Nicolás-Gabriel.

A Esther, Laura y Sandra.

A Frank y Leire.

Os quiero.

Índice

Prólogo: "El abogado del diablo"	11
Capítulo 1: "Un ángel de porcelana"	18
Capítulo 2: "La misión de Dios"	31
Capítulo 3: "El espíritu licorero"	39
Capítulo 4: "Suspiros de Monja"	55
Capítulo 5: "Un coro de serafines"	69
Capítulo 6: "Ni Cristo que lo fundó"	75
Capítulo 7: "A su imagen y semejanza"	85
Capítulo 8: "¿En qué pararán estas misas?"	99
Capítulo 9: "Como un bendito"	109
Capítulo 10: "El amor cubre una multitud de pecados"	123
Capítulo 11: "La última cena"	135
Capítulo 12: "Lo que el hombre cubre, Dios descubre"	157
Capítulo 13: "Quien siembra vientos recoge tempestades"	167
Capítulo 14: "Polvo eres y en polvo te convertirás"	177
Capítulo 15: "No está la Magdalena para tafetanes"	189
Capítulo 16: "La estrella les señaló el camino"	209
Capítulo 17: "El día de la ascensión"	215
Capítulo 18: "La verdad os hará libres"	231
Capítulo 19: "El plan de salvación"	255
Capitulo 20: "Torre de Babel"	271
Capitulo 21: "Los Santos Inocentes"	293
Capitulo 22: "Amén"	317

Prólogo: “El abogado del diablo”

Apenas un par de días antes, la calidez del sol se había intensificado notablemente. Sin embargo, y aunque el calendario decía que el invierno estaba a punto de terminar, ese día el frío inexpugnable venía con la misma intención con la que ellos buscaban al director del banco más importante del país: jugar su última carta.

Antes de que la señorita Amalia se marchara dejándolos solos en el despacho, él había pedido un vaso de agua. Estaba sentado sobre un confortable sofá de diseño en cuero negro que probablemente costaba su peso en oro, y aun así no lograba acomodarse del todo. Se llevó una mano a la nuca y la masajeó mientras cruzaba las piernas a la altura de los tobillos. Luego las descruzó y las volvió a cruzar alternativamente hasta que creyó encontrar la postura que le hacía sentir menos incómodo. Dejó ir un leve suspiro. Todavía le asaltaban dudas sobre si lo que estaba a punto de hacer era correcto. Conveniente sí, eso lo sabía por experiencia propia, pero no estaba seguro de que fuera lo mejor para todos, tal como aseguraba su madre.

Le clavó sus ojos indecisos. Aquella señora, cuyos tacones pateaban el suelo de la sala de lado a lado como si el enfado les hubiera hecho cobrar vida propia, parecía tan segura de sí misma que le causaba escalofríos. No obstante, en el fondo sabía que probablemente llevaba toda la razón del mundo, como de costumbre. Al menos si tenía en cuenta que la mayoría de las cosas en la vida le estaban saliendo a pedir de boca desde que accediera a hacerle caso. Además, era obvio que esta era la única manera de calmarla. Bien sabía Dios que no sería capaz de aguantarla de tan mal humor por mucho más tiempo. ¿Por qué entonces le estaba surgiendo ahora ese amago repentino de dudas?

El taconeo inquieto se detuvo de golpe en cuanto oyeron la puerta.

Acababa de entrar el señor Maldonado seguido de su joven secretaria, quien traía el vaso de agua en una bandeja de plata. Era un hombre de estatura media y energía contundente, al contrario de lo que uno pudiera inferir de su cuerpo tirando a flacucho. Por su rostro imberbe, no faltaba quien le juzgaba además poco preparado para las responsabilidades que conllevaba su puesto. Pero se equivocaban. Al menos eso decían las pocas personas que habían tenido el privilegio de contratar sus servicios hasta el momento, quienes le auguraban un futuro rotundamente prometedor en el mundo de los negocios. Aseguraban que por un lado contaba con un carácter dócil, lo cual se adecuaba perfectamente a las exigencias del tipo de clientes con quien le tocaba tratar. Sus palabras comedidas, por otro lado, no excluían que fuera un hombre de acción. Se proponía unos objetivos claros y concisos que siempre conseguía, con lo que le había bastado su corta carrera para demostrar que era un cazador sumamente certero.

"Buenos días, estimadísimo señor Lorenzo y estimadísima señora de Lorenzo", sendos apretones de manos, "qué alegría volver a verles por aquí", gestos cordiales, "espero que esta sea una visita de negocios y no de cortesía", sonrisas de alcurnia, "parece que el frío no quiere marcharse, ¿no?", señalando al mismo sofá donde el Sr. Lorenzo había estado sentado hacía unos segundos, "tomen asiento por favor; y bien, ¿qué se les ofrece en esta ocasión?".

—Verá, señor Maldonado —se lanzó la madre—, estamos aquí porque al final ha ocurrido lo peor, lo que más nos temíamos. Se acuerda de aquello que le dije que tanto me preocupaba cuando vine a verle hace unos meses, ¿no? —La mujer señaló a su hijo con la cabeza y el director asintió con gesto prudente—. Pues eso, que al final ha pasado lo que tenía que pasar. Justo cuando solo faltaba una semana para el gran día. Y claro, ahora nos vemos obligados a hacer algo al respecto. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Entiendo... —El director le dedicó una expresión dubitativa—, y comprendo que esté preocupada. El caso es que antes de prometerle nada tendría que consultar si existe algún impedimento para llevar a cabo esta acción. Como le dije, sería la primera vez que hacemos algo así y necesito

la aprobación desde arriba. No solo se trata de que nuestra filosofía de trabajo cambiaría radicalmente si aceptáramos este contrato, sino que además requeriríamos un tipo de estructura totalmente diferente para ponerlo todo en marcha, lo cual conllevaría gastos adicionales bastante importantes.

—Ya, bueno, pero seguro que podrán hacernos este favor. Nosotros somos muy buenos clientes, esta sería ya nuestra tercera vez. Y de todas maneras, no creo que haya tanta diferencia entre lo que hacen y lo que les estamos pidiendo... —El director la escuchaba en silencio mientras entrelazaba los dedos de las manos—. Además, tenga en cuenta que sería algo puramente preventivo —insistía ella—. Si en el futuro vemos que ya no nos hace falta, nos olvidamos del tema y santas pascuas.

El señor Maldonado sonrió gentilmente antes de lanzar una respuesta que fuera satisfactoria para ambas partes:

—Si le parece, cuénteme para cuándo lo querría efectivo y se lo confirmaré en cuanto tenga noticias.

La madre se apresuró a celebrar su supuesto triunfo con una amplia sonrisa.

—Pues lo antes posible —respondió buscando la conformidad de su hijo con la mirada aunque lo único que encontró fueron sus ojos distantes—. Eso sí, tiene que ser una fecha especial, porque ya sabe que yo creo mucho en estas cosas...

—Correcto —continuó el director—. Pero necesitamos un tiempo para prepararlo todo. Bien sabe usted cómo funciona esto, especialmente teniendo en cuenta lo que ya les he comentado... Son muchos cabos sueltos que atar y no podemos permitirnos el más mínimo error, por el bien de todos.

Sus interlocutores asintieron, aparentemente en eso estaban los tres de acuerdo.

—Pero en lo de que la fecha sea especial no podemos ceder ni un ápice —recalcó la madre—, nos da buena suerte.

—Por supuesto, y nosotros siempre a su servicio para que así sea. —Ambos sonrieron mientras la madre agarraba la mano de su hijo para confortarle. Sospechaba que todavía estaba indeciso y no quería ni que se le pasara por la cabeza la posibilidad de tirarse para atrás—. ¿Para qué fecha se programó que entrara en vigor el primer contrato? —prosiguió el señor Maldonado.

—Para un 18 de octubre, el día de la menopausia.

—Ajá, ¿y el segundo, señor Lorenzo? Si no recuerdo mal fue un 25 de marzo...

—¡Menuda memoria tiene usted! —respondió la madre en su lugar, sinceramente impresionada.

—Es que ese contrato lo firmamos hace menos tiempo, diría que unos dos o tres años... ¿no?

—Que Dios le conserve la memoria... Pues sí, entró en vigor el día internacional contra la Trata de Seres Humanos, tal como planeamos. No soporto las injusticias. Mujeres y niños que se ven forzados a prostituirse, es una auténtica vergüenza.

—Correcto, veamos... —El director miró el calendario y recorrió fechas con el dedo índice—. ¿Qué tal el 23 de abril de 2028? Si nos ponemos pronto manos a la obra diría que llegamos a tiempo.

—El día internacional del libro. Está bien, suena muy cultural y todo eso, pero tampoco me apasiona, la verdad. ¿No hay nada un pelín más... no sé, solidario?

El director volvió a comprobar el calendario.

—Tenemos el Día Europeo de los Derechos de los Pacientes, y el Día

Mundial de la Hemofilia, el 18 y el 17 del mismo mes respectivamente.

—Eso, eso, uno de estos dos está perfecto —decretó con la palma de la mano.

—Sin embargo, es demasiado aventurado asegurarle que se pueda cuajar todo para esas fechas. En estas circunstancias especiales sí nos viene de unos días más o menos. En fin, en caso de que nos aprueben la acción, le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para que este contrato también entre en vigor en la fecha exacta que desea. Y si no llegamos a tiempo, siempre nos queda el 23, una fecha preciosa donde las haya.

—Bueno, si no hay otro remedio...

La madre volvió a buscar la aquiescencia de su hijo con la mirada, pero él seguía con el semblante muy serio. Hasta ahora se había limitado a asentir con la cabeza todo el rato.

—Anima esa carita, cariño —trataba de consolarle acariciándole la mejilla como hacía cuando de pequeño se lastimaba jugando a escondidas con los utensilios de pescar de su padre. Por entonces solo hacía falta un pequeño gesto para aliviarle las amarguras—. Sabes que esto es lo mejor para todos, ya verás como algún día me lo agradeces.

—Seguramente tienes razón, mamá. Es que no sé... antes este asunto me atañía solo a mí, y ahora...

—Ahora te atañe todavía más, cariño. ¿O no estamos hablando de tu futuro?

—Sí, pero es que...

—Pero es que nada. Ya ha quedado bien claro que si no cuidas de ti mismo, nadie lo va a hacer en tu lugar, ¿verdad, señor Maldonado? —Ahora era el director quien se limitaba a asentir, imperturbable—. ¿O no tienes suficiente con lo que nos han demostrado hasta ahora? Escúchame

lo que te digo: primero vamos a asegurarnos la partida por si acaso; y luego, si ves que en realidad no te hace falta, siempre estamos a tiempo de olvidarnos del tema como le he dicho antes al señor director.

El hijo agachó la cabeza y se parapetó tras las manos. Al observarlas, la madre pensó que cada día se parecían más a las de su difunto marido. Tenían el mismo tamaño, con unos dedos largos y finos, escurridizos como sardinas y capaces de elaborar el nudo más intrincado. Y aquel tono de piel tan oscuro era prácticamente idéntico en los dos, a pesar de que ella se hubiera asegurado de que su hijo no tuviera que lidiar con un trabajo que le conllevara doblegarse a la merced de la intemperie. Ambas manos eran, además, igual de testarudas.

—¡Ay, madre mía! ¡Si es que esa gente no te merece! —La madre sonrió encarando las manos al cielo como suplicando ayuda divina. Luego se puso más seria, lo que le iba a decir requería toda la solemnidad del mundo—. No es culpa tuya, mi niño. No te dejan otra opción. ¿Qué vas a hacer con tu vida, si no? Dime, dímelo tú. —Elevó el tono de golpe y su hijo la miró de soslayo. Temía que de repente le entrara otro de sus insoportables ataques de desesperación—. Dímelo, anda. ¿Qué habría sido de nosotros si no hubiéramos invertido en esta cuenta el dinero que sacamos del seguro de vida de tu padre? —insistió para terminar de convencerle—. ¿Y qué crees que diría la señora Halliwell, que tanto te llegó a querer en vida, si supiera que el grandísimo favor de presentarnos al señor Maldonado al final no ha servido de nada? No, no, no. No podemos rendirnos ahora. No podemos tirar por la borda todo lo que hemos conseguido con tanto sudor y lágrimas. Te prometo..., te juro que no te arrepentirás. Dígaselo usted, señor director, dígaselo, por lo que más quiera.

—La inversión Repóker nunca falla... —el director era aún más elocuente que la madre.

Un silencio muy breve invadió la sala. Apenas unos instantes después, volvían a darse sendos apretones de manos, "felicitaciones señores míos", besos a la madre, "ya verán como esta decisión será un nuevo éxito", sonrisas de alcurnia, "siempre y cuando el jefe nos la apruebe, que seguro

Prólogo: “El abogado del diablo”

que sí", palmaditas en la espalda del hijo, "un placer volver a hacer negocios con ustedes, les contactaré en cuanto tenga noticias", señalando el camino hacia la salida, "que tengan ustedes un buen día".

Capítulo 1: “Un ángel de porcelana”

Mi cartera de clientes se componía de la flor y nata de las altas esferas; celebridades tanto del mundo de la farándula como de todo el espectro artístico e intelectual, y también exitosos empresarios. Personas, en definitiva, que podían costearse mis honorarios. Esa había sido la primera de las pautas que me propuse seguir a raja tabla para adquirir tan gran reputación como detective: ofrecer mis servicios a un precio prohibitivo para la gente de a pie, porque las personas distinguidas se pirran por tener el monopolio de lo que sea. Y yo, a cambio de dinero, les habría dejado monopolizar hasta a mi madre.

Obviamente, resolver casos era la segunda condición para conseguir que mis clientes estuvieran dispuestos a extender sus recomendaciones sobre mis servicios a todos los integrantes de su mismo círculo social. Pero hasta el momento eso me había resultado sumamente fácil. Dudosas conductas conyugales era lo más usual entre mis encargos. Mujeres ingenuas en avanzada edad suspicaces de sus maridos que, hartas de sentir celos y con la esperanza de que estos fueran meramente infundados, solicitaban mi auxilio para poner punto y final a su incertidumbre. En la mayoría de las ocasiones quedaba claro que se habían casado con un embustero y me tocaba consolarlas para que no se me desmoronaran en la oficina; con lo que me estomaga ver llorar a una mujer...

De vez en cuando también aparecía por allí alguien solicitando un informe de actividades de su pareja por otros motivos. Por ejemplo, para averiguar en qué se derrochaba el dinero familiar. La respuesta acostumbraba a encontrarse en causas de naturaleza ludópata o en sus encuentros frecuentes con prostitutas. Estos casos eran igual de fáciles de resolver pero, por otro lado, más entretenidos; la excusa perfecta para acercarme a los oscuros mundos del juego y los lupanares. Siempre aprovechaba para olvidarme por unas horas del "savoir faire" (la tercera y

última de mis obligaciones formales para ganarme mi fama de triunfador) y cambiar los trajes bespoke de Brioni por unos simples tejanos. Me encantaba celebrar mi abandono al vicio y la concupiscencia con una buena horchata fresca que, además, siempre sabía mucho mejor si me la tomaba con una diligente señorita restregándome los pechos por la jeta hasta secarme toda la baba que hubiera podido segregar durante el trance.

En fin, como iba diciendo, por aquel entonces mi trabajo, lo que se dice emocionante, no lo era mucho. Con Nora Whitfield, empero, me enfrentaría a un caso absolutamente diferente. Y eso que las inquietudes iniciales de aquella mujer parecían indicar que iba a resolver otra cuestión sencilla y carente de la más mínima importancia para mí. Quién hubiera dicho que con su llegada mi concepción de la vida, que mi vida misma, se iba a turbar de tal modo.

Llegó enfundada en un impecable vestido de color azul cielo a juego con una diadema de pequeñas flores azules y delicadas plumas blancas. La blancura de sus guantes de encaje se fundía con la de su piel desvaída, de manera que no se distinguían con claridad los confines entre la tela y sus inmaculados brazos. Tenía un porte sutil y elegante que quitaba el aliento, y eso es exactamente lo que me ocurrió cuando aquella hermosa imagen se asomó tras la puerta. Parecía un auténtico ángel de porcelana. Eso sí, un ángel que daba lástima. En seguida entendí que había pasado muchas miserias. No en el sentido paupérrimo de la palabra pues era obvio, por las enormes perlas que lucían incrustadas en su collar y pendientes, que si de algo no podía quejarse aquella mujer era de la falta de dinero. Se trataba de algo diferente, algo que no sabía explicar con palabras. Fue su aspecto apocado y acusadamente apesadumbrado el que me dio la voz de alarma. Tenía los ojos turbios y vidriosos, la mirada quebrada, los párpados abotagados y algo amoratados posiblemente debido a la falta de sueño, y un ceño excesivamente rígido. Aun así, se introdujo con voz imperiosa, lo que me corroboró que me encontraba delante de una mujer luchadora ante todo. De las que me gustan a mí, de las que se obcecán en no tirar la toalla.

Se acomodó en uno de los mullidos sillones de cuero que decoraban

mi oficina con la elegancia con la que una mariposa arlequín se posa sobre una flor. Eran la gracia y la delicadeza inconfundibles de una mujer de la alta sociedad que había sido instruida desde pequeña, probablemente por su propia madre, para exhibir sin temor sus encantos. No me cupo duda de que la distinguida finura que desprendía aquella bella dama había causado estragos durante su juventud. Y a pesar de que los años devoran más aprisa de lo que uno quisiera, a Nora Whitfield se la veía empeñada en ser la prueba evidente de que podía ocurrir lo contrario; de que uno podía madurar con la exquisitez con que lo hacía un buen vino.

—Me han dicho que usted es el mejor —anunció arrogante mientras asomaba su mirada cansada entre las plumas que le surcaban el rostro—. Espero que no sea un fraude igual que los demás...

—¿Los demás? ¿No soy el primero?

La sonrisa de aquella mujer delataba que se le había pasado por la cabeza una respuesta ocurrente que tardó poco en arrojarme.

—En algunos ámbitos de la vida ser el primero puede conducir al desencanto.

—¿Le apetece un café? —ofrecí con la esperanza de distender un poco la tirantez con que mi nueva clienta había irrumpido en mi despacho.

—No, gracias. No tengo mucho tiempo. Dígame tan solo si es cierto que es usted el mejor.

—Eso dicen.

—No le pregunto por lo que dicen los demás.

—Si lo que quiere saber es mi opinión personal: sí, lo soy —aseguré con el máximo convencimiento que fui capaz de transmitir, aunque no debió de valerle porque sentí aprensión en sus ojos. Supongo que mi barriga ampulosa no estaba a la altura de sus expectativas. Y, con mucha probabilidad, mi alopecia tampoco ayudaba. Al igual se creía la mujer que

para un detective era requisito indispensable contar con una frondosa pelambrera que mecer al viento en sus misiones.

—Es de vital importancia que sepa guardar secretos...

—Descuide, garantizo a todos mis clientes confidencialidad rigurosa y absoluta.

—Quizás esta vez no me haya equivocado de persona —infirió mientras abría su cartera de Gucci en piel blanca y sacaba una pitillera de oro—. ¿Le importa si fumo?

Yo la miré con aprensión.

—No sé si sabe que esta parte de la ciudad pertenece a una zona S. Lo siento mucho —me disculpé con el fingido gesto educado que el protocolo exige en estos casos.

—Más lo siento yo —me espetó con cara de fastidio—. Maldito el día en que aprobaron esa dichosa ley. Zonas específicas para fumar, para comer, para tomar bebidas con o sin alcohol... El gobierno se ha empeñado en controlar todo lo que hacemos y nosotros, estúpidos, nos hemos dejado amaestrar a su antojo. Si seguimos así tendremos que pedir permiso hasta para suicidarnos.

—Hoy en día ya casi nadie fuma, y a mis clientes no les gusta tratar asuntos importantes en una zorrera. Por esa razón opté por establecer mi despacho en una zona que lo prohibiera. Disculpe las molestias, señora Whitfield —volví a justificarme.

Nora guardó la pitillera con un gesto de resignación salpicada de discrepancia. Era obvio que no estaba acostumbrada a que se le negaran los caprichos, aunque fueran insufribles para quien se encontrara en cinco kilómetros a la redonda.

—Debo ser una criatura en vías de extinción. Pero cuando uno no

encuentra manera de consolar sus desgracias, o se abandona a las drogas, o poco le queda por hacer más que renunciar a todo. También están esos artilugios tan modernos de hoy en día que te provocan la sensación de haber consumido sustancias, pero a mí las cosas sintéticas no me hacen gracia. Donde esté un buen cigarrillo, que se quiten los aparatos electrónicos. Solo ellos pueden con mis penas...

Se quedó cabizbaja en silencio, con la mirada perdida y fijada en algún lugar entre veta y veta del mármol gateado que cubría el suelo de mi oficina. Pensé que en ese tema, en el de las calamidades que había sufrido, radicaría la razón de su visita.

—¿Por eso ha venido hasta mí?

—¿Perdón? —inquirió descolocada, su mente todavía suspendida en el limbo.

—Por lo de sus desgracias.

—No, no. Eso usted no me lo puede solucionar. Ni usted ni nadie. Es cuestión de la voluntad del infortunio, que la ha tomado conmigo... Aunque todavía sigo de pie con unas pocas fuerzas para seguir luchando. Quién sabe, quizás algún día pueda volver a ser feliz. La esperanza es lo último que se pierde.

—Dígame entonces, señora Whitfield. ¿En qué puedo ayudarla? —insistí con cierto desconcierto.

—Ayudar es una palabra que, como podrá deducir por lo que le acabo de contar, le queda demasiado grande en este contexto.

—¿Cómo puedo compensarle entonces la considerable suma de dinero que desembolsará a cambio de mis servicios?

Lo pregunté sin soberbia porque estaba hablando de la pura realidad pero no tenía ni idea de que esta vez sería yo quien pagaría la factura.

—Eso está mucho mejor formulado —consideró con la jactancia que a mí me había faltado—. Es usted un hombre despierto, señor Castillo. No sé si inteligente pero, si no lo es, logra disimular su estupidez con bastante ahínco. Me gusta.

Aquella mujer sentía la necesidad imperiosa de desquitarse de sus penas arañando al primer estúpido que se le cruzara por el camino. Me encontraba delante de una gata muy lastimada pero yo no estaba dispuesto a convertirme en su rascador de turno.

—Señora, si no recuerdo mal, cuando ha entrado en mi oficina me ha rechazado el café porque no disponía de demasiado tiempo. Y yo, ciertamente, tampoco tengo toda la tarde. ¿Le importaría ir al grano? —requerí enojado por tanto circunloquio inútil.

—Sí, vamos al grano. No sé por qué, pero tengo la sensación de que en usted puedo confiar. A los demás ni siquiera llegué a exponerles mi caso. ¿Lo ve? En eso sí será usted el primero.

Dibujó una medio sonrisa mientras rebuscaba de nuevo en la cartera para sacar esta vez un dispositivo electrónico. Procedió a accionarlo sin mediar más palabra y dos imágenes holográficas se proyectaron ante nosotros.

—Son dos partidas de nacimiento —revelé sin demasiado entusiasmo—. ¿Quiénes son?

—Eso es precisamente lo que yo quisiera saber.

—Ajá —asentí al descubrir al fin parte del que sería mi cometido mientras seguía examinando ambos documentos electrónicos—. Veamos... pertenecen a un chico y a una chica: Doña Magdalena Blake Loera, nacida en Pueblo Nuevo (Guanajuato, México) el 23 de abril del año 2028. Hija de Don Silverio Blake Díaz y de Doña Idalia Loera Ceballos...Y el otro es de un tal Don Mario Contreras Rojo, nacido en Almería (España) el 25 de marzo del año 2025. Hijo de Don Hilario Contreras Berdugo y de Doña María Rojo Guilarte.

—Encontré los originales en la caja fuerte de mi marido y me pareció tan extraño que los escaneé sin que se diera cuenta. Como podrá bien entender, quiero saber qué razones podrían llevarle a, en primer lugar, tenerlos en su posesión, y en segundo, guardarlos con tanto recelo.

—¿Tiene alguna idea de la relación que pueda unir a ambos chicos?

—Ninguna.

Me quedé en silencio durante unos segundos para discurrir sobre posibles explicaciones. Nora me miraba sin despegar sus ojos grandes y extenuados de mi rostro. A primera vista, me parecían dos documentos de lo más corrientes, por lo que me dispuse a exponer mis primeras deducciones.

—Veamos. En principio, parece obvio pensar que estas dos personas estén vivas, pues si no, no se entiende que su marido conserve sendas partidas de nacimiento. Cuando uno quiere encubrir una muerte se deshace inmediatamente de cualquier prueba que posea. De manera que, solo por el momento, descartaré que nos encontremos ante las víctimas de una muerte fortuita o intencionada. Sin embargo, está claro que su marido puede estar tratando de ocultar su existencia. ¿Cree que acaso podrían tratarse de sus hijos secretos? —La señora no pronunciaba palabra. Deduje que quizás se había ofendido y quise argumentar mi sospecha—. Según mis cálculos el chico tendría ahora 25 años, y la chica 22. Con todos mis respetos, señora Whitfield, me resultaría hasta extraño que no lo fueran. Le aseguro que me he topado con cientos de casos así...

—He pensado mucho en esa posibilidad pero la verdad es que no estoy demasiado convencida.

—Ya veo... —supuse que me volvía a topar con una mujer cuyo profundo amor de esposa le impedía claudicar ante la mismísima evidencia.

—No se equivoque, si algo no soy en esta vida es imbécil —procedió a explicarse como si intuyera mi conjetura—. La razón por la que no

me atrevo a creer cien por cien en esta hipótesis es que, si fuera ese el caso, no entiendo qué hace mi marido con sus partidas de nacimiento. Digamos que usted tiene razón y estos chicos son hijos secretos de mi marido. Entonces estas partidas serían, evidentemente, falsas porque aquí figuran otras personas como sus padres naturales, y la adopción se habría realizado de forma ilegal. En definitiva, mi marido los habría regalado o vendido. Sé que no estaríamos hablando de algo extraordinario...

—En efecto —confirmé gratamente sorprendido por sus acertadas observaciones—. Mire si no el caso de tantos bebés robados nada más nacer para ser vendidos de inmediato a otras familias durante, e incluso después del Franquismo. Si eso ocurrió a finales del siglo pasado, qué no podría ocurrir en este siglo, en esta era en que las nuevas y todopoderosas tecnologías de la información y la comunicación nos han reducido a un simple número.

—¿Y por qué no entregó las partidas de nacimiento a los nuevos padres? Sin ellas no pueden hacer nada a efectos legales.

—Existe la posibilidad de que los papeles se hayan hecho por duplicado.

—Quizás. Pero ¿por qué querría Raúl quedarse con un duplicado de los documentos? ¿Qué servicio podrían hacerle a estas alturas, más que destapar su engaño? Créame, señor detective, mi marido tampoco tiene un pelo de tonto. Si conserva esto en su caja fuerte, no hay duda de que lo necesita. Lo que no entiendo es para qué.

—Sí, es cierto que no tiene mucho sentido guardarlos. Pero he visto tantas cosas extrañas en mi larga carrera que ya nada me sorprende.

—Ya, pero sigue sin encajarme esta hipótesis. No sé... —Por el fruncido de su ceño adiviné que aquella dubitación era genuina, y no causada por romanticismos necios—. Cierto que él siempre ha querido tener descendencia, pero esperar a que nacieran los bebés para desprenderse luego de ellos como si nunca hubieran existido no tiene mucho sentido.

—¿En qué año se casaron ustedes?

—En 2027.

—Y ¿cuánto estuvieron de novios?

—Poco más de un año.

—Luego, según estas partidas, y si las fechas no son falsas del mismo modo que podrían serlo los documentos, el chico nació poco antes de que ustedes se hicieran novios, y la chica más o menos un año después de que contrajeran matrimonio.

—Exacto, no tiene sentido.

—¿Se hubiera casado con él de haber sabido que ya tenía un hijo, ni que fuera por razones puramente económicas? ¿Se hubiera casado de haber sabido que en breve tendría un hijo más

—Probablemente no.

—¿Y le sigue extrañando ahora que se desprendiera de esos bebés?
—Nora Whitfield quedó en silencio— ¿O es que simplemente le fastidia descubrir que el hombre con el que se casó no es el que usted pensaba?

Me dio la impresión de que mi comentario no le ofendió tanto como habría imaginado porque en lugar de recurrir al sarcasmo contestó en un tono bastante neutral.

—Me remito a lo mismo. Incluso si de verdad fueran sus hijos, dudo sinceramente que Raúl fuera capaz de desprenderse de ellos regalándolos como si fueran objetos. Y mucho menos vendiéndolos.

Nora negaba con la cabeza. Se resistía a creer en cualquier posibilidad que mi instinto me impusiera plantear pero yo me olía que algo turbio estaba detrás de todo aquello y prefería prepararla antes de que llegara el momento de descubrir el pastel. No me apetecía tener que consolar a

otra mujer despechada desparramando amargura sobre el escritorio de mi despacho.

—¿Me está diciendo que su marido nunca ha pasado por épocas difíciles, económicamente hablando? —Nora entornó los ojos durante unos segundos sin atreverse a contradecirme—. He conocido a muchas mujeres que se aventuraban a poner la mano en el fuego por sus maridos y le aseguro que se han quemado más rápido que un contenedor de cigarros impregnados de gasolina. No le conviene nunca apostar por un hombre. La mayoría de ellos vendería a su propia madre por cuatro créditos, imagínese si le ofrecen una suma jugosa. Usted misma puede suponer que se han llegado a ofrecer cantidades astronómicas por la venta de un bebé. Sobre todo ahora que la población envejece por momentos. Las clínicas de fecundación se rifan a los hombres fértiles.

—Ya... —Me di cuenta de que en su fuero interior escudriñaba varias de las posibilidades que se habían colocado sobre la mesa. No sé si al final se quedaría con una tras arrumbar todas las demás, o si más bien le dio miedo conocer su propio juicio al respecto, pero al final se limitó a decretar—: No obstante sigue sin cuadrarme lo de que tenga sus partidas en la caja fuerte. Sea como sea, el encargo que le encomiendo es averiguar quiénes son estos chicos (o eran si se da el caso de que hayan fallecido), y qué relación les une (o unía) a mi marido.

—No se preocupe, señora Whitfield. Me encargaré de ello —garanticé con absoluta convicción—. Solo necesito hacerle una pregunta antes de que se marche. Espero que no se ofenda usted por tener que inmiscuirme en un tema tan personal, pero este tipo de datos siempre resulta determinante para resolver los casos, con lo cual no me queda alternativa.

—Adelante. No tenga reparos en preguntar lo que considere necesario.

—¿Qué relación mantiene actualmente con su marido?

—La normal. Él me consiente y yo le maltrato.

—¿Y eso es normal?

—En mi matrimonio sí. La depresión por la que estoy pasando no hace que salga lo mejor de mi persona y él, por estar a mi lado, se lleva la peor parte. Sin embargo, no se ha marchado aún. Y no solo eso, sino que además me trata con cariño y respeto.

—Será que está enamorado.

—Sí lo está, inexplicablemente... Siempre insiste en que conocerme es lo mejor que le ha ocurrido en la vida. Según él, soy su rosa de Jericó. Dice que le doy buena suerte y que nunca me dejaría escapar, por nada del mundo.

—¿Puedo preguntarle si han firmado algún tipo de contrato prematrimonial?

—Por supuesto. Aunque cuando conocí a Raúl él vivía bastante bien, seguía siendo el hijo de un pescador. Y yo, con apenas veintiún años, era la única heredera de un patrimonio multimillonario. ¿Cree que mi padre me habría dejado casarme con él de no haber firmado?

—Vaya, qué cosas tiene la vida. ¿Dónde se conocieron, si no es mucho preguntar?

—En una cena benéfica organizada por Greenpeace en apoyo a la lucha contra la caza de ballenas. Siempre ha sido muy buen chico.

—¿Y firmó sin rechistar?

—Se lo pensó un par de días pero luego accedió sin problemas. Me dijo que me quería demasiado como para no aceptar. De todos modos al final se ha demostrado que no le hacía falta mi dinero para prosperar. Todos los negocios que ha montado han sido un éxito rotundo.

Nora volvió a quedarse muda, una vez más con la mirada perdida

entre veta y veta del mármol. El silencio me incomodó un poco.

—Bien, señora Whitfield. No quiero molestarla más. Ya tengo toda la información que necesito. Si surgiera algo me pondría en contacto con usted.

—De acuerdo, aquí tiene mis coordenadas de orbe. Por favor, llámeme tan pronto como descubra algo. Y le ruego de nuevo máxima discreción. Confío en su profesionalidad.

—Por supuesto, señora.

Nora Whitfield se levantó del sillón tan elegantemente como se había acomodado en él hacía un rato, y se dirigió a la puerta con pasos ágiles. Retumbó en mi despacho el sonido vertiginoso de sus tacones de aguja. Tenía el caminar de una diva majestuosa a pesar de que el deterioro de su mirada insinuara que la esencia de su divinidad estaba ya medio moribunda. La mujer se detuvo al alcanzar el picaporte, se giró hacia mí de nuevo y me preguntó:

—¿No cree usted que la vida es pura ironía?

—¿Por qué lo dice?

—A menudo me pregunto si realmente estaba escrito el que mi marido naciera en circunstancias tan adversas y acabara haciéndose dueño de tan gran imperio. Y el que yo, habiendo sido tan afortunada en mi niñez, terminara convirtiéndome en pura calamidad. A esas ironías de la vida, me refiero.

Medité el asunto unos instantes.

—¿Quiere que le sea sincero?

—Por favor.

—Creo que cada uno se forja su propia suerte. Quien piense que

nuestro futuro ya está escrito es un cobarde, porque solo busca excusas para no tener que luchar.

Nora intentó seguir manteniendo el rostro impasible, pero pude notar en su expresión que lo que dije esta vez sí le había pellizcado el alma. No obstante, no me quedé ahí. Ella me había pedido sinceridad y yo se la iba a dar.

—¿Y sabe cuál es la verdadera ironía? Que un desconocido tenga que explicarle eso, y además cobrándole, cuando el ejemplo de su marido delante de sus propias narices avala mi creencia.

Nora Whitfield dibujó una leve sonrisa en su delicado rostro patricio y me dedicó unas últimas palabras antes de marcharse:

—Téngame al tanto.

Capítulo 2: “La misión de Dios”

—Apoye el mentón sobre el soporte y proceda a abrir la boca —me ordenó la voz automática del interfono—. Manténgala abierta hasta que suene la señal acústica.

El láser del aparato de reconocimiento dental se dispuso a recorrer mi arcada dentaria pero se detuvo en seguida.

—Error M5. Identificación fallida. Por favor, apoye el mentón sobre el soporte y proceda a abrir la boca. Manténgala abierta hasta que suene la señal acústica.

Aproveché la interrupción del examen bucal para tragar saliva. Luego volví a abrir la boca, esta vez bien grande, y esperé pacientemente con la cabeza echada hacia atrás encarando el cochambroso edificio. Estaba erigido en un barrio marginal de la ciudad, sobre un terreno rodeado de taludes ligeramente acusados; justo enfrente de una plazuela sitiada por un armamento de bancos viejos con astillas capaces de perforar el Titanic donde había un baratillo montado: "¡Que me lo quitan de las manos, niña, autohilo dental, exterminador de olores, zapatillas-báscula para pesarte mientras haces deporte! ¡Todo barato, barato, baratísimo! ¡Señora, desenmascare a su marido, tenemos los mejores polígrafos ocultos! ¡Tan ocultos que si le pescan le devolvemos el dinero, verdad garantizada!". La gente deambulaba parándose de vez en cuando en un puesto, y luego proseguía su camino. Un poco más allá, varias excavadoras trabajaban enérgicamente para abrir una zanja que separara esa zona de la colindante, producto de la famosa ley Disuasoria de Dispersión. La brillante idea de evitar el contacto entre la población de sustratos divergentes para impedir asaltos y desvalijamientos en los territorios más prósperos hacía años que se había puesto en marcha, así que para entonces media nación estaba ya perforada.

—Error M5. Identificación fallida. Por favor, apoye el mentón sobre el soporte y proceda a abrir la boca. Manténgala abierta hasta que suene la señal acústica.

Parece ser que, cuanto mayor la apertura de la boca, mayor la producción de saliva porque casi me caía a borbotones por las comisuras de la boca. Tragué por segunda vez y abrí la boca de nuevo. Pero en esta ocasión me esforcé tanto que podrían haberme embocado una sandía y aún me habría quedado espacio en la boca para que, de la inercia, el fruto esférico hubiera podido pivotar dentro.

—Identificación exitosa. Procesando sus datos. Nombre: Baltasar Castillo Reynos. Edad: 57 años. Profesión: sacerdote...

No era del todo incierto. De joven había completado con éxito mis estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor San Fulgencio de Murcia porque mi madre siempre había querido que me hiciera cura. Pero cambié de idea justo antes de ordenarme. Aun así, más tarde conseguí que Rico, un amigo mío que trabajaba en el Departamento de Autenticación y Control de Identidades de la Policía (el DACIP), sustituyera mi profesión de detective por la de sacerdote en los datos profesionales de mis archivos. Este gremio suele sonsacar más información que el de los sabuesos.

—Bienvenido, señor Baltasar Castillo —continuó la máquina—. Tenga la amabilidad de esperar un instante.

Aguardé con mi mejor cara de religioso mientras la cámara me observaba.

—¿Qué quiere? —preguntó una mujer al cabo.

—Dios la bendiga, hija mía. —Tracé una cruz en el aire con la mano derecha para descansar la seguidamente, entrelazada a la otra, sobre mi panza al más puro estilo eclesiástico—. Busco a Mario Contreras Rojo. ¿Sería usted tan amable de solicitarle que se ponga al aparato?

Un silencio prudencial prosiguió a mi pregunta. Luego oí:

—Suba, padre.

El zumbido de la puerta me dejó paso franco hacia la resolución de un nuevo caso y tuve la certeza de que iba a ser pan comido. Me había limitado a presentarme en la dirección que venía como domicilio familiar en una de las actas de nacimiento. Había empezado por el chico porque el domicilio que aparecía en el otro documento, el de la tal Magdalena Blake Loera, se localizaba en México. Y mientras mi secretaria Elena me solucionaba el tema de los billetes de avión, me daba tiempo de darme una vuelta por Almería.

—¿Mario Contreras Rojo, por favor? —requerí arriba de nuevo mientras le tendía la mano a una señora menuda que emanaba tufo a ajo.

A punto estaba la mujer de estamparme un beso en el dorso, cuando me di cuenta de que su delantal ostentaba un cuadro pollockiano de restregones sangrientos. Por suerte me dio tiempo a retirarla de inmediato y acabó lanzando el ósculo al aire. Sin embargo, zafarme de aquella catástrofe tampoco me sirvió de mucho porque inmediatamente después ocurrió algo mucho peor. Y es que a la maldita señora no se le había ocurrido otra cosa que agarrarme del brazo para hacerme entrar en la casa, con lo cual yo ya no podía dejar de examinarme la manga en busca de manchurroneos de sangre. Por mucho que las manos de la mujer parecieran estar limpias.

—¿Por qué no lleva sotana y alzacuellos? —me interrogó por lo bajo tras cerrar la puerta, no sin asegurarse antes de que ningún vecino había salido al rellano a chismorrear.

—Voy de incógnito. En una misión de Dios. —Traté de olvidarme del reciente y desagradable episodio para centrarme en mi objetivo.

—¿En una misión de Dios? ¿Y pa qué busca a mi hijo?

—Ya sabe que los caminos de Dios son inescrutables. ¿Está en casa?
—Barrí el lugar con la mirada. No se veía ni se oía nada.

—Pues no, no está. ¿No querrá metérmelo a cura? A ver si después de tanto gritarme que no quería ser monaguillo de chico cuando yo le obligaba, usted me lo va a hacer cura arremate. ¡Anda! Pues tendría delito la cosa...

—¡Ay, hija mía! El Señor siempre encuentra el camino —dije con tono beatífico. Pensé que el mundo estaba lleno de madres aturdidas que proyectaban en sus hijos sus propios desequilibrios mentales—. ¿A qué hora le puedo localizar?

—Ya no vive aquí, padre. —Quedé observándola en silencio —. Pero... ¿es que ha hecho algo mi Mario? Ay, no me diga que se me ha metido en otro lío, por favor, que me da usted un disgusto muy grande. —Se llevó la mano a la cabeza, luego al pecho.

—No sufra, señora, no se ha metido en ningún lío. Pero necesito localizarle. ¿Sabe dónde vive ahora?

—Pues sabe Dios dónde estará... Por ahí, mostrando su arte, que tiene pa dar y vender.

—¿Es artista?

—De lo mejorcito que ha parido España. —Se infló como un pavo real.

—Y, si no es mucha indiscreción preguntar, ¿cómo es que no conoce el paradero de su hijo?

—Mi Hilario y él se pelearon. Y como mi niño es tan cabezota, que contrimás lo quieres convencer, más te manda a paseo, pues un día dijo que no aguantaba más la presión. Así que cogió todos sus bártulos y se fue. Asín, de repente... Y ya no sé mucho más.

—¿La presión?

—Bueno... Es que mi Hilario, cuando tiene el naranjo torció...

Aunque lo mismitico que su hijo eh, porque es que son clavaícos. Pero, ya se sabe, son otros tiempos y los jóvenes de hoy ya no aguantan ni una mijilla.

—¿Y no contactó nunca más con usted?

—Alguna vez ha llegado alguna carta, pero mi Hilario las ha tirado a la basura.

—¿Una carta? Pero señora, eso ya no se lleva. ¿Es que no usan orbes neurotransmisores?

—¿Lo qué?

—No me lo puedo creer. ¿No sabe lo que son?

—(...)

—Sí, mujer... Estas esferas que se sintonizan con otras vía wifi y que al mismo tiempo van conectadas a nuestro cerebro a través de las corrientes eléctricas de nuestras neuronas... Seguro que las ha visto alguna vez.

—No, no me suena... Yo de estas cosas tan modernas no entiendo nada...

—Pues es muy fácil, señora. Mire, yo se lo explico. —Se me ocurrió que si le enseñaba cómo usarlo terminaría por darse cuenta de sus ventajas y que en consecuencia lo utilizaría ella también. Sería como mi acción buena del mes—. Lo que tiene que hacer es comprarse un aparato de estos y asociarle sus datos de identidad. ¿Que quiere llamar? Piensa en el nombre de la persona a la que quiere localizar y ya está. Antes tiene que haber grabado los datos de orbe de esa persona en cuestión, claro, pero si no lo ha hecho también puede pensar en sus coordenadas directamente. O sea que es facilísimo, no tiene ni que sacarse el orbe del bolsillo. Con que lo tenga activado cerca de usted, ya vale. A partir de ahí su orbe conectará automáticamente con el orbe de esa otra persona y ya pueden hablar como si estuvieran usando el teléfono de toda la vida.

¿Que quiere enviar un mensaje? Igual, lo escribe en su mente y se lo envía. ¿Que alguien le llama? En ese caso el orbe le avisa primero con vibración o música o lo que usted elija, y luego le da la opción de ver en su mente los datos de la persona que le está llamando. ¿Que le interesa? Acepta. ¿Que no? Lo rechaza. Lo mejor de todo es que puede proyectar la imagen holográfica de quien le contacte si esta persona lo permite. Pero para esto sí tiene que sacarse el orbe del bolsillo, claro, porque la imagen no se proyecta en su mente si no en el mundo real. Total, créame que este invento es un milagro de Dios. —Pero me equivoqué. Aunque había tratado de explicárselo en el lenguaje más llano posible, la señora seguía mirándome con los ojos tan grandes y redondos como berlines así que di el caso por perdido. Ya ayudaría a alguna anciana a cruzar la calle—. Bueno, da lo mismo. ¿Puedo hablar con el señor Hilario ahora?

—¡Uy! Ese es un zancajoso, nunca sé dónde para...

—Por favor, señora Rojo. Seguro que tendrá una idea de dónde suele estar su marido a estas horas.

—Yo no quiero problemas.

Me mostró las palmas de las manos para eximirse de cualquier responsabilidad, y entonces ocurrió algo que no me esperaba. Alcancé a verle una uña teñida de rojo, lo cual hizo rebrotar el malestar que había sentido minutos antes. Mi angustia empezó a tomar cuerpo al pensar que, tal como había sospechado desde el principio, mi mano y mi camisa estaban embadurnadas, con mucha probabilidad, de desperdicios, tripas, huesos y sangre.

—No puedo decirle nada más. Bastante he hecho ya, demontre, que luego mi Hilario se me pone hecho una furia, y me enloma hasta dejarme bardá.

A veces es mejor no ahondar en temas peliagudos para ahorrarnos cargos de conciencia inútiles, como hacen los curas de verdad. Con más razón cuando uno se encuentra tan indispuerto como lo estaba yo. La

señora y las palizas que le propinara su marido me la traían al paio. La miré con expresión de empatía y le prometí que rezaría por el alma de su marido. Luego le volví a insistir mientras trataba de controlar las arcadas que empezaban a trepar de mi estómago a la garganta.

—Por favor, señora, tengo que encontrar a su hijo. Verá... —Reduje el volumen de mi voz para elevar mi confidencia a grado de Top Secret—, mis autoridades seculares me han encargado una investigación secreta sobre un supuesto abuso de menores por parte de un clérigo. Pero no le puedo revelar el nombre, como podrá comprender.

Esta excusa tenía que resultarle creíble.

—¡Ay virgen santísima, virgen santísima! —Se santiguó tres veces y remató la última cruz con un beso muy sonoro en el índice—. No me diga que a mi Marianete me lo tocaron cuando lo puse a monaguillo, padre, por los clavos de Cristo. No me diga eso, por lo que más quiera, que se me cae el alma a los pies.

De pronto se me había puesto hecha una braga. Aquel gemiqueo tan irritante era capaz de horadar el cerebro de un elefante africano, así que tuve que cambiar rápidamente de estrategia.

—No, por Dios, hija mía. A él no le ha tocado nadie, a un amigo suyo, a Ramón. Pero su hijo Mario pudo haber oído algo, porque eran muy amigos, así que necesito entrevistarle.

—¿Ramón? ¿El hijo del carnicero?

Siempre hay un Ramón en clase. Aunque inmediatamente me olí el peligro de que en un momento dado se me presentara en la oficina, quién sabe cómo, un matarife con una gran hacha en la mano pidiendo explicaciones sobre quién era el cabrón que se había atrevido a tocar a su hijo, así que rectifiqué de nuevo, esta vez asegurándome de que no cupieran confusiones.

—José Luis Juan Ramón.

—Ah... —y por fin dejaron de brotarle lágrimas—. Pues ahora mismo no me suena... Endeluego, menuda memoria tengo, eh. Mire que no acordarme de los amigos de mi hijo... —se reprochaba a sí misma con sonidos nasales mientras se secaba la cara empapada.

—No se preocupe, hija mía. Usted solo dígame dónde puedo encontrar a su marido Hilario, y Dios se encargará del resto.

La señora alzó la vista al techo y luego la abatió sobre una grieta que surcaba la pared del fondo de la vivienda, una hendidura profunda de unos cinco centímetros de ancho. Sin duda las excavaciones de la zona estaban haciendo mella en los cimientos de aquel edificio. Al fin la obediencia incondicional para con su marido acabó por flaquear.

—Está haciendo los ejercicios anca el Chato. En el Quinto Pino, el bar de la calle de abajo. Pero pregunte por el Correas, que es como le llaman ahí. Contíconeso, no le diga que ha hablado conmigo, por favor. Y mucho menos que ha estado aquí.

Yo seguía con unas ganas irrefrenables de vomitar, así que en cuanto entreabrió la puerta salí como un cohete.

—Un momento —me detuvo la señora—. Por favor, rece también por el alma de mi niño. Y dígle que le quiero, y que coma, que seguro que está embirriao. Y que venga a verme algún día. Ah, y que se tome la medicina, que no juegue con estas cosas.

—¿Está enfermo? —pregunté sin ánimos de entretenerme demasiado, ya no aguantaba más.

—Usted dígle que se la tome.

Capítulo 3: “El espíritu licorero”

Mis gafas geolocalizadoras me condujeron al Quinto Pino, aunque en realidad no hubiera hecho falta porque estaba tan solo una calle más abajo, tal como había asegurado la señora Rojo. Para mi alivio, en la entrada no había un láser de identificación dental sino un E.A.S. (traducido para los lectores jóvenes que obviamente no vivieron aquellas épocas memorables, un Escupidor para el Análisis de Saliva), que si bien convenía no tocar de ningún modo por la acumulación de gérmenes que traía, agradecí encontrarme porque me ahorraría un segundo descoyuntamiento de mandíbula en un mismo día.

Con un escupitajo caudaloso me abrí camino hacia un local de dimensiones relativamente reducidas, suelo pegajoso y paredes ennegrecidas, justo lo que me esperaba. Me conmovió que la cuadrilla de tipos desaseados de dentro estuviera realizando actividades recreativas que creía habían quedado obsoletas hacía décadas. Obviamente resultaba inconcebible que aquel albañal contara con una sala interactiva con tecnología 3D para adentrarse en los juegos como las que estaba acostumbrado a ver, pero debo admitir que sí esperaba encontrar al menos un mínimo de actualización tecnológica: mesas táctiles con proyección de cartas y fichas holográficas manipulables en lugar de mesas tradicionales con los juegos de antaño (naipes, puzzles, o lo que se terciara); futbolines virtuales manejados por tecnología inalámbrica en vez de los de antes, con muñecos atravesados por barras rotantes y bolas de verdad; había incluso una mesa de billar auténtica, con su tapete, sus seis troneras y su esfera de marfil. Ni que decir tiene que el periódico allí todavía se leía en papel en vez de proyectado en las gafas. Ver todo aquello me maravilló porque soy de los que creen que donde esté un juego tradicional, de los que te permiten escuchar el golpeteo de las fichas contra la superficie lisa de la mesa, o sentir el tacto del forro en fieltro verde al recoger la baza de cartas en el juego de la brisca tras una mano afortunada, que se quiten las

últimas tecnologías y otras sandeces. En ese sentido, Hilario tenía que ser uno de los míos.

Casi todos los allí presentes consumían tabaco; un barrio engullido por la pobreza no podía más que ser declarado zona T. Aun así, aquella humareda nada agradable me resultaba más llevadera que los residuos de vísceras instalados entre uña y carne en los dedos de la señora María Rojo. Por cierto, no había podido refrenar mi malestar al salir de su casa y acabé por echar las entrañas en el alcorque del árbol más cercano de camino al bar. Al fondo del local había varias mesas de dominó cuadradas, con un portavasos en cada esquina y compartimentos especiales para reposar las fichas de cada jugador. Una de ellas estaba presidida por un tipo grande cuyas manos robustas podían retorcerle el pescuezo a un oso. Era Hilario Contreras, mi hombre. Mejor dicho, el padre de mi hombre. No es que lo hubiera averiguado gracias a mis dotes de detective. Sus compañeros de mesa le aclamaban después de una buena jugada.

—¡Cago en todo, Correas!

—Qué jo puta, ¿es que no nos vas a dar nunca un poco de tregua? Hay que joderse...

Hilario, retrepado en la silla, se reía fragorosamente dándose palmadas en la panza, que sin ser tan prominente como la mía, también imponía bastante.

—Caño, cuando puedas arfavó de traerte unos chatos de vino pa estos, que la derrota da sed. Si eso me lo apuntas, y ya te lo pago —solicitó Hilario con el pulgar hacia arriba y un guiño en señal de concierto entre ambos.

—Ya te has pasado del límite. Hasta el mes que viene no apunto más —contestó el de la barra frunciendo el ceño.

—Cucha, quillo, no me seas, hombre de Dios —reclamó uno de los compañeros—. Apúntaselo, que sabes que te lo paga y estamos más secos que la alpargata de un beduino. ¡Ah! y de paso tráete también unas tapicas

de morcillica y unos callos o unas almóndigas, anda...

El Caño puso cara de disconformidad. Si no hubieran sido clientes habituales seguro que los habría mandado a tomar por saco. Aunque allí todo el mundo tenía pinta de ser cliente habitual, menudo problema para el negocio. Yo me acerqué con naturalidad a la mesa de al lado y me senté de espaldas a Hilario. Inmediatamente después Caño me preguntaba que qué iba a tomar al tiempo que trasteaba por debajo de la barra. Pedí una horchata y mientras me la traía, saqué mi revista de crucigramas en papel y me puse a resolver acertijos. Al cabo de unos segundos, tal como había predicho, Hilario reclamaba mi atención.

—¡Chaaacho! —me llamó mientras me clavaba el dedo reiteradamente en el omóplato derecho.

Me giré y ahí estaba el tipo, su jeta a dos palmos de la mía atafagándome con su aliento a rata de cloaca (no sé si él notaría el tufo a vómito que seguramente desprendía el mío).

—¿Y no te apetece mejor un vaso de leche? —se descacharraba con sus amigotes hasta que cayó en algo importante—: Oye, tú no eres habitual.

—Buena observación —apunté con máxima indiferencia sin perder la concentración en mi tarea. En seguida noté que no le agradaba mi falta de interés por resolver sus dudas.

—Esto es una mesa de dominó, no es para escritores maricones.

No era un buen comienzo.

—Disculpe —volví a girarme hacia él—. No dice en ningún lado que no pueda sentarme aquí, así que no veo por qué no deba quedarme. Y no soy escritor, solo estoy resolviendo crucigramas.

—Tanto da una mariconada que otra. No te hagas el listo, ceporro.

A los demás les debió hacer mucha gracia aquella respuesta porque

al punto soltaron sendas carcajadas homéricas, pataleando y dando puñetazos sobre la mesa. Lo de su gusto por los juegos tradicionales debía haberme confundido; quizás este Hilario y yo no teníamos demasiado en común después de todo.

—La escritura es una profesión muy noble —me defendí—. Mucho más complicada y laboriosa que una partida de dominó, si me pregunta. Siento decepcionarle pero no tiene ningún misterio el juego con el que se entretienen en sus ratos libres, que deben ser muchos por lo que parece.

Lo miré de arriba abajo con desdén, dejándole entender que las vestiduras zarrapastrosas que traía y su obvia carencia de higiene (untuosidad de cabellera y barba de tres semanas incluidas) me habían llevado a tal conclusión. Los tipos que antes se mofaban ahora se contenían. No sabrían si levantarse a darme un buen tortazo o si burlarse de mi osada ocurrencia. Optaron por esperar a que el cabecilla les dictara órdenes con algún gesto. En esto, llegaba Caño con mi horchata. Le di un sorbo y tragué con cara de malo del oeste acabando de trincarse un chupito de ron.

—Hasta yo, que no he jugado en mi vida, podría ganarles fácilmente —rematé ante su mirada atónita.

—¿Lo qué? No me hagas reír. Con la cara de imbécil que tienes...

—¿Lo comprobamos?

—¡A este la horchata le ha metido un cebollazo! Entoavía no hay quien me gane, ¿te enteras? Va a venir este apollardao a decirme a mí que es mejor que yo, leñe...

—Hablo muy en serio —insistí.

Hilario me miró agraviado y, decidido a demostrarme lo contrario, me desafió:

—Pues venga, vamos a verlo, cenutrio.

—Espere, yo nunca juego a nada si no apuesto primero. Especialmente cuando estoy seguro de que voy a ganar. Es que voy al revés que el resto de los humanos: no disfruto con los retos sino con lo que se me presenta excesivamente asequible. —Si a Hilario tampoco le ponían los retos, se abalanzaría sobre mi cuello para retorcérmele con un simple chasquido de dedos—. Quien pierda tendrá que invitar al otro a cinco rondas de lo que quiera.

—Pues me voy a dar una panzá beber, tonto'laba —sentenció con un estrepitoso puñetazo contra la mesa.

El tipo sentado enfrente de Hilario me cedió su asiento. Los otros también se levantaron; este era un asunto de dos. Se hizo un corrillo alrededor nuestro y dio comienzo la partida.

Silencio expectante. Mi contrincante atrajo hacia su lado de la mesa la mitad aproximada de las fichas, las mezcló y las volvió a dejar en el centro. Me limité a copiarle. Luego las mezclamos una vez más, hasta que Hilario consideró, después de tanto trajín de fichas, que era momento de dar inicio al juego.

Yo soy un tipo altamente competitivo y aquel juego se me había dado bastante bien las pocas veces que lo había practicado. Lástima que aquel día ganar no era una opción. Tenía que perder y pagarle sus cinco rondas para emborracharle y sonsacarle la información que necesitaba, a pesar de que para ello tuviera que cambiar mi deliciosa horchata por alpiste. De este modo no tendría que darle explicaciones innecesarias sobre mi interés repentino por su hijo. Así pues, fingí no tener ni idea de cómo jugar y robé una y otra vez del fondo de fichas, acumulando tal cantidad que en seguida terminamos la partida. Hilario solicitó ipso facto su recompensa ante las felicitaciones de todos sus incondicionales, y yo se la di encantado.

Bebimos juntos, él y yo, sus adeptos correteando de mesa en mesa porque en la nuestra se había terminado el espectáculo y, vista mi torpeza, tampoco se perdían nada estando lejos de allí. Entre trago y trago charlamos, reímos, y poco a poco fuimos entablando una relación

de incipiente amistad. "Subnormal —me decía—, me faltó el canto un duro pa estamparte la cara contra la taza el barbate". Hilario era todo encanto. Y a esas cinco rondas le siguieron algunas más, aunque me resulta imposible precisar cuántas. Solo recuerdo que intenté por todos los medios beber más despacio que él y aun así me sentía embotado, aunque no indispuerto. Lo bueno fue que este aturdimiento contribuiría a mermar mi capacidad olfativa, algo profundamente ventajoso dada la asquerosa halitosis aguardentosa que el tipo me exhalaba encima cada vez que carcajeaba. Sin duda él estaba mejor preparado para resistir el embate del alcohol, por el mayor tamaño de su masa corporal y por la ingesta de bebidas a la que, según aseguraba en un alarde de arrogancia, se sometía a diario. Pero resistí como un verdadero campeón, todo hay que decirlo.

—¿Qué es esa mariconada de los crucigramas, compadre? —Al fin una pregunta que me daba pie a girar la conversación hacia mi objetivo.

—Nada, un pasatiempo al que me enganchó mi hijo, el mayor. No se crea, parece una tontería pero requiere mucha concentración.

Hilario se bebió de un trago el culo que le quedaba de Jack Daniel's, hizo tintinear con una ligera sacudida los cubitos de hielo que, sin alcohol en los que sumergirse, quedaban ahora expuestos a la intemperie de una tenue humareda, y depositó el vaso sobre el tablero con un golpe seco. Todo con la mirada fija en la mesa. Seguramente mi respuesta había abierto la caja de Pandora; un mar de recuerdos que, durante años, se había esforzado por encerrar bajo llave en un lugar bien apartado de su mente, a salvo de críticas y enjuiciamientos. Y ahora llegaba yo, con mi crucigrama y mis explicaciones inoportunas, a tocarle la moral.

—Tiene veinte años. ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo! Con la de tecnología que ha creado el hombre, y aún no ha conseguido que pase más despacio...

Hilario seguía sin abrir la boca.

—Nos compramos las mismas revistas de crucigramas. Los domingos viene a casa y comparamos las respuestas. Casi siempre me gana, es un

genio.

Nada, seguía sin descoser la boca, el jodido.

—Es una jodienda lo de querer tanto a los hijos, ¿verdad? ¿Usted tiene alguno? —pregunté sin dar más rodeos.

Tardó un poco en contestar, pero lo hizo con un simple y lacónico:

—No.

El tiro me había salido por la culata. Y ahora ¿qué?

—El mediano ha salido más a su madre —continué para salir del apuro—. Es un cabezota de tres pares de cojones. A veces me entran ganas de enviarlo a la mierda. Y alguna vez que otra lo he hecho, no te creas. No te importa que te tutee, ¿verdad, Correas? Después de tantos whiskys hablarnos de usted empieza a sonar demasiado distante. Cuando dos hombres beben juntos pasan de ser desconocidos a casi íntimos amigos. Lo que no pueda conseguir el alcohol... —Fingí sonreírle con expresión embriagada pero mi artimaña no sirvió de nada, Hilario seguía sin mirarme a la cara. Todo lo que le dijera le entraba por un oído y le salía por el otro—. Pues eso, lo que te decía, nos hemos tirado meses sin hablarnos.

Le notaba unas ganas terribles de decirme algo; que sí, que él también tenía un hijo de quien no sabía nada hacía años porque había cometido la estupidez de apartarlo de su vida un mal día; o que maldito el momento en que había decidido tener hijos porque solo te dan dolores de cabeza y no sirven para más que consumirte y gastarse tu dinero; o que los hijos son una bendición de Dios pero uno no se da cuenta hasta que los pierde. Cualquier cosa, pero solo dijo "Caño, otra", con el vaso en alto, los cubitos casi derretidos en su interior.

Nos bebimos una más. Yo ya solo me mojaba los labios. Estaba empezando a marearme y necesitaba asegurarme cierto grado de serenidad para recordar datos de aquella reunión al día siguiente (siempre y cuando

consiguiera sonsacarle algo a Hilario, estaba claro). Quizás era obra del alcohol, pero la primera impresión de mentecato que me había llevado de él, estaba volviendo a cambiar por una algo más indulgente. De repente le había perdonado que me hubiera llamado maricón, y hasta empezaba a sentir lástima por él. Qué clase de cristiano sería si no me compadeciera de un hombre cuya esposa poseía poderes eméticos. Al fin, después de tragarse media de su recién servida consumición de un golpe, me soltó:

—Es mejor no tenerlos. —Su tono era mucho más distendido. Los whisquis por fin empezaban a hacer efecto.

—¿El qué? —fingí haberme perdido después de tan largo silencio.

—Los hijos, es mejor no tenerlos.

—¿Nunca has querido?

—Así no discuto con nadie más que con mi señora, y con eso me basta y me sobra.

—¿Y tu señora nunca te lo ha pedido? —Me reprochó la indiscreción con su mirada y quise excusarme—: Macho, a mí la mía casi me amenazó con despellejarme vivo si no la fecundaba...

—Te dejaste engañar, como yo. Mujeres, ¡ja putas todas!

—Bueno, a mí sí me engañó mi parienta, pero a ti...

—Sí, a mí también, hostia. ¿Pues no va y un día me viene llorando con el cuento de que era manera y que tenía que hacérselo mirar?

Respiré con alivio. Parecía que finalmente se iba a soltar del todo.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me dijo que había encontrado una clínica que subvencionaba exámenes y tratamientos de fertilidad pa gente de clase

"modesta"; que yo a lo nuestro lo llamo no tener ni cuatro cochinos créditos, pero da igual. El caso es que estábamos de puta madre sin hijos que nos tocaran los cojones, o sea que la idea no me hacía gracia ninguna. Pero como se puso más pesada que una vaca en brazos, y como estas empresas grandes son todas pura estafa, que te dicen que te quieren ayudar y en realidad solo buscan excusas pa sacar más dinero del Estado, pensé que igualmente seguro que no daban un palo al agua. Total, que le dije que se fuera a donde le diera la realísima gana. Pero, hostia, se ve que le dieron unas pastillas para volverse más fértil o no sé qué coño y al poco, zasca: me dice que está preñada. Ni manera ni hostias, cago en tos sus muertos. Ja puta... ¡Ja putas todas!

—Pero ¿no has dicho que no tenías hijos?

—Y no los tengo, la muy zorra dice que es mío. Lo que sí tengo es un buen par de espabilaeras...

—Entonces, ¿es tu hijastro?

—Tampoco. Te digo que no es nada mío, que el chaval era más raro que un piojo bizco. Pero mi mujer me lo trajo a casa después de parir en el hospital, la muy ramera, y me lo encasquetó. Menos mal que ahora ya está más que muerto. No quiero saber nada de él.

La desnaturalización de Hilario, su obcecada reticencia a reconocer a su hijo como propio, hizo que me viniera a la cabeza mi aventurada teoría inicial de que los dos chicos que estaba investigando fueran en realidad hijos del marido de Nora. Si Hilario estaba tan seguro de no ser el padre de Mario, tenía que serlo Raúl. Quizás este se habría aprovechado de la necesidad apremiante de María por convertirse en madre y, ya que su marido no estaba muy por la labor de inseminarla, le habría ofrecido él su virilidad. Lógicamente habría negociado un pago a plazos porque ella no hubiera podido permitírselo de otro modo. Luego se habría quedado con el certificado de nacimiento de Mario para garantizarse el pago de toda la suma debida.

—Cuánto lo siento... Vamos a pedir la última, Correas, nos la

merecemos. ¡Caño! —me sentía ya como un habitual de toda la vida—, ponnos otra, anda. Entonces, ¿no os lleváis bien? —continué con mi interrogación mientras nos servían.

—Muerto el perro, se acabó la rabia. Un monstruo como ese no podía ser mío, leñe. Mi señora se hacía la ofendida, que si le estaba insinuando que era una puta. Y yo le decía que no ese no era el problema, que puta lo era un rato y eso no lo íbamos a discutir, pero que aquel chaval no podía ser mío y san se acabó. Que si no me la había pegado con otro, nos lo habían cambiado en el hospital. Es que no había otra, joder.

—¿Qué me dices?

—Hasta que un día le dije al chaval que se fuera a tomar por culo; que pa no ser mi hijo, demasiados problemas me daba, y que pa mí ya estaba muerto.

—¿Y dónde está? —tanteé.

—Muerto, ya te lo he dicho.

—Ya... pero, ¿dónde está enterrado?

Me miró directamente a los ojos, analizándome; sopesando si debía confiar en mí; si era sensato regalarle a un completo desconocido (convertido en algo más por obra y gracia del espíritu licorero) tal información sobre el paradero de aquel al que nunca había creído hijo suyo. Le devolví la mirada con ojos de becerro inofensivo, y dejé que me cayera un hilillo de baba por la comisura de la boca, fingiendo que el alcohol me había subido hasta el punto de no poder controlar los fluidos que emanaban de mi cuerpo (esta técnica no es infalible. A veces te confunden con un demente). Finalmente, acabó por claudicar.

—Trabaja en un local de mala muerte en Almuñécar, he oído por ahí.

—¿De qué?

—De cabrón.

—Si quieres te acompaño un día y vamos a verle. Yo sé lo que es tener un hijo con el que no te avienes.

—Yo no me voy hasta Granada pa ver hacer el gilipollas a un mamonazo.

Y ahí terminó nuestra conversación, al menos en lo que a su parte se refería. Se levantó y se dirigió a la puerta sin despedirse siquiera, cabizbajo, con las manos en los bolsillos. Vi como se colocaba delante del E.A.S. y profería un escupitajo más caudaloso aún que el mío para desbloquear la puerta. Y vi como, antes de perderse tras ella, me dedicaba una última mirada llena de rabia.